

# El desafío norteamericano: la tensión entre los valores del mundo anglosajón y el hispano<sup>1</sup>

GREGORY F. PAPPAS

El controvertido artículo de Samuel Huntington 'Hispanic Challenge' ha sido sometido a muchas críticas, pero ninguna examina su posición sobre los valores desde un punto de vista filosófico. En este artículo presento una crítica filosófica mediante la reconstrucción de la visión normativa de Jorge Mañach y John Dewey. Estos filósofos podrían coincidir con Huntington en la existencia de una tensión entre las culturas sajona y latina en lo tocante a valores, pero concluían que se trataba de una oportunidad sin precedentes, no de un motivo de alarma o temor ni de una ocasión para invocar el proteccionismo. En efecto, en sus filosofías es posible hallar argumentos que nos inclinen más bien a dar la bienvenida al desafío planteado por la inmigración hispana o, en general, por la "hispanización de Estados Unidos".

*Since the publication of Samuel Huntington's 'Hispanic Challenge' there have been many refutations of Huntington views but none that confronts his claims about value from a philosophical or ethical point of view. This is what I intend to do in this paper. I carry on this sort of refutation by reconstructing the shared view of Latin American philosopher Jorge Mañach and North American philosopher John Dewey. While they seem to agree with Huntington about the tension of values between the Anglo and the Hispanic world they derived a very different conclusion. These philosophers concluded that the tension between cultures regarding values is instead an unprecedented opportunity and not a cause for alarm, fear, and protectionism. One can find in their philosophies an argument that would support welcoming the challenge posed by Hispanic immigration or, in general, the "Hispanization of America".*

## Palabras clave:

- Desafío hispanico
- Hispanización
- Valores

**1** El texto inglés de este artículo ('The American Challenge: The Tension Between the Values of the Anglo and the Hispanic World') fue galardonado con el premio de la American Philosophical Association al mejor ensayo de 2005 en la categoría de Pensamiento Latinoamericano.

**2** El ensayo de Huntington apareció en <http://www.foreignpolicy.com> (marzo-abril de 2004) como anticipo del libro publicado en mayo del mismo año: S. P. HUNTINGTON, *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*, Simon & Schuster, New York, 2004.

**3** Tomado de una entrevista de Deborah Solomon a Huntington en *New York Times* (2 de mayo de 2004).

**4** En español en el original. Se denomina así a la tendencia a demorar las cosas, atribuida típicamente a los hispanos. El inglés común ha tomado en préstamo la palabra "mañana" para expresar algo similar a *ad calendas graecas*. [N. de los T.]

**5** S. P. HUNTINGTON, 'The Hispanic Challenge', p. 12.

**6** Nacido en 1898 y muerto en el exilio de Puerto Rico en 1961, Mañach es conocido sobre todo por sus análisis políticos y literarios de la figura y la obra de José Martí, pero su contribución

E

n 'The Hispanic Challenge' y en su reciente libro *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*, el reputado politólogo de Harvard Samuel P. Huntington<sup>2</sup> nos avisa de una tensión creciente que podría llegar a socavar los valores que él identifica con los Estados Unidos de América: la cultura hispana es una amenaza, no sólo para la identidad nacional y la lengua inglesa, sino para los "valores angloprotestantes" procedentes "de nuestros fundadores, entre los que se cuentan la ética del trabajo y el individualismo".<sup>3</sup> Entre las "diferencias irreconciliables" que tenderían a generar un "choque cultural" están las que tienen que ver con el trabajo, con la fe en sí mismo del individuo, con "el concepto del tiempo que se resume en el síndrome de mañana,<sup>4</sup> la capacidad de conseguir resultados con rapidez y las actitudes hacia la historia que se expresan en el cliché de que a los mexicanos les obsesiona la historia y a los estadounidenses el futuro".<sup>5</sup>

Ya el cubano Jorge Mañach<sup>6</sup> y el norteamericano John Dewey parecieron coincidir con Huntington en la existencia de esa tensión entre ambas culturas en lo tocante a valores, pero aquéllos concluían que se trataba de una oportunidad sin precedentes, no de un motivo de alarma o temor, ni de una ocasión para invocar el proteccionismo. En efecto, en sus filosofías es posible hallar algún argumento que nos incline más bien a dar la bienvenida al desafío planteado por la inmigración hispana o, en general, por la "hispanización de Estados Unidos".<sup>7</sup> Mañach llega incluso a

afirmar que esto no sólo sería bueno para Estados Unidos, sino para el mundo. A pesar de la tensión entre los valores sobre los que cada una de estas culturas pone el énfasis, una y otra son compatibles y deben formar parte de una vida ideal en la que el equilibrio constituya la noción clave. "Lo ideal para ambas culturas sería que cada una de ellas se perfeccionase mediante la emulación de lo que la otra tiene de positivo. Éste sería el equilibrio, la síntesis a la que nos invita la frontera cultural".<sup>8</sup> Lo que aquí me propongo es reconstruir esta visión normativa que Dewey y Mañach compartieron. Trataré de presentar su defensa a la luz de sus filosofías, y consideraré algunas posibles objeciones, todo ello a modo de desafío a los objetivos y argumentos de Huntington.<sup>9</sup>

UNA RECONSIDERACIÓN DE LA TESIS MAÑACH-DEWEY. ¿Se puede formular la opinión de Mañach y de Dewey en unos términos filosóficos que resulten defendibles, o incluso aceptables por todos? Ni que decir tiene que hay mucho sobre lo que reflexionar aquí. En la tesis Mañach-Dewey hay cuatro afirmaciones polémicas:

- (1) Existe una cultura hispana/latina y una cultura anglosajona.
- (2) Estas dos culturas ponen el énfasis en valores diferentes.
- (3) Hay una tensión entre esos valores.
- (4) Dicha tensión puede ser una oportunidad para mantener una relación ideal de equilibrio.<sup>10</sup>

Sospecho que muchos rechazarán la tesis Mañach-Dewey de manera automática por la sencilla razón de que (1) es muy discutible, cuando no palmariamente

falsa. Las dificultades aquí involucradas son parecidas a las que surgen en las comparaciones que a menudo se hacen entre la cultura “Occidental” y la “Oriental”. Podemos dudar que haya base empírica para sostener que exista ni la más vaga similitud entre las muchas culturas hispanas; (1) parece homogeneizar lo que en realidad es heterogéneo. También se puede objetar que ello significa “estirar” el concepto de “cultura” o de “identidad”. Jorge Gracia, por ejemplo, se muestra sumamente escrupuloso ante el riesgo de homogeneización y ha defendido una noción muy restrictiva de “identidad”.<sup>11</sup> No tengo ninguna duda de que él pondría en cuestión (1), pero recientemente Jorge Medina, Iris Young y yo mismo hemos propuesto una perspectiva más relacional o funcional de la identidad, donde ésta no anula las diferencias y es relativa al contexto.<sup>12</sup> No voy a resolver este problema aquí, pero está claro que (1) es una afirmación polémica, si bien no completamente inverosímil. Puede que haya un modo de matizar (1) que evite el problema de la homogeneización. La vaga semejanza entre las culturas hispanas, cuando se las compara con otras culturas del mundo, podría ser una buena razón para agruparlas bajo un solo nombre, sin que por ello deje de reconocerse la diversidad cultural del mundo hispano.

Pero, incluso si aceptamos (1), (2) también es problemático: ¿qué evidencia empírica existe para esta afirmación?, ¿cómo unos filósofos cautos y de mentalidad empirista se atreven a hacer generalizaciones tan vagas sobre las culturas y sus valores? Debemos ser críticos con la tesis Mañach-Dewey, sí, pero no por el procedimiento de fabricar un espantapájaros con sus opiniones para rebatirlas mejor. Las afirmaciones anteriores necesitan entenderse en el contexto de las filosofías generales en que vienen inscritas.

Para empezar, no se presupone aquí ninguna “esencia” latina o anglosajona que se halle necesaria y exclusivamente atada a determinados valores. (2) presupone simplemente un juicio comparativo en torno a unos valores que no son nada más que énfasis, y que dependen de condiciones históricas. Comparamos acentos de temperamento y de conducta, no variedades exclusivas. Con todo, esto plantea algunas dificultades de tipo epistemológico sobre el modo de determinar el “énfasis”, los “acentos” o la “preponderancia” de unos valores sobre otros dentro de una cultura.

Se pueden usar instrumentos científicos, como encuestas o cualquier otro método cuantitativo, para examinar y respaldar la tesis Mañach-Dewey. Por ejemplo, hay multitud de estudios realizados en la última década que apoyarían la generalización de que el trabajo es muy valorado en las culturas anglosajonas.<sup>13</sup> Por su parte, la importancia de las relaciones por encima de los individuos en las culturas hispanas se puede argumentar con estudios que muestran el papel de la familia en todas las actividades y rituales de la vida diaria. No obstante, ni Mañach ni Dewey recurrieron a estos métodos. Sus afirmaciones se basaban en sus experiencias personales, y ello significa que no las tenían por meramente subjetivas ni irrelevantes.<sup>14</sup>

Dewey escribió en una ocasión que “toda cultura posee su propia individualidad colectiva”.<sup>15</sup> No todo individuo que sea hispano tiene (ni necesita tener para contar como hispano) la “individualidad colectiva” que experimentamos de su grupo o cultura como conjunto. Ni podemos tampoco suponer que familiarizarse con

un cierto número de individuos o con la mayoría bastará para experimentar qué es un valor “predominante” en su cultura. El contacto de primera mano con su arte y con sus formas habituales de asociación puede ser tan importante o más. El hecho es que experimentamos las tendencias predominantes de una cultura, o los valores generales que en ella se acentúan, de un modo cualitativo e inmediato;<sup>16</sup> es algo que hacemos antes de investigar los consabidos datos empíricos que apoyarían nuestros juicios. Los diferentes modos de vida tienen también ritmos, acentos y patrones característicos que aquéllos que poseen la necesaria sensibilidad para experimentarlos pueden distinguir y comparar. Naturalmente, estas experiencias personales deben ser objeto de crítica y de ulterior investigación por cualquiera de los procedimientos académicamente reconocidos para poner a prueba y verificar hipótesis sobre las culturas, pero no hay ninguna buena razón para rechazarlas de antemano.

Ahora, ¿cómo sabemos que Dewey, o cualquier otro con experiencias culturales parecidas, no estaba simplemente (quizá también inconscientemente) comprometido con estereotipos culturales discutibles? Pero también se puede argüir que las encuestas no sirven para corregir las malas interpretaciones culturales basadas en la experiencia personal de la gente: la encuesta puede, con todo, estar recogiendo estereotipos muy difundidos. La respuesta de Dewey a estos retos escépticos es clara, pero soy consciente de que no va a convencer a aquéllos que quieren certeza teórica. Empezamos donde estamos, en el seno de la experiencia personal prerreflexiva, inmediata y cualitativa que tenemos de las culturas. En las personas de mente abierta (¡una condición importante!) estas experiencias cambian y van transformándose por efecto de la investigación, pero debemos retornar siempre a ellas para que nos sirvan de guía. En todo caso, confiamos en que, si existen prejuicios o estereotipos que estén distorsionando nuestra experiencia inmediata de otras culturas, la investigación y la experiencia ulterior nos permitan descubrirlo. No hay un punto de vista privilegiado-teórico-objetivo (“la perspectiva del ojo de Dios”) desde el que debamos llegar a conocer una cultura.

Pasando ahora a (3), aquí tenemos una afirmación muy concreta sobre la “tensión” entre dos culturas en particular. ¿En qué consiste esa “tensión”? Parece imposible determinarlo sin tener al menos una vaga noción de qué valores particulares son los que están en tensión. Parecido problema nos encontramos al intentar comprender (4), que es una tesis normativa que prescribe “equilibrio”. Enseguida veremos qué puede querer decir esto, pero, sin algunos ejemplos de los valores concretos que son el objeto de la tesis Mañach-Dewey, el análisis resulta en exceso abstracto, vacío y dudoso. ¿Qué tensión entre valores tenían en concreto en mente Mañach y Dewey? No creo que sea tan difícil proponer una lista tentativa e incompleta de ellos. Los escritos de los filósofos y los informes personales los han dado por descontados innumerables veces. A estos efectos, las recientes observaciones de Huntington también son de gran ayuda. Supongamos, entonces, por mor del argumento y para darle contenido, que la lista siguiente representa una descripción, en líneas generales adecuada, de los rasgos o valores que son enfatizados en cada una de las dos culturas sometidas a comparación:<sup>17</sup>

general al estudio de la cultura cubana y de la filosofía hispana en el Nuevo Mundo es igualmente importante. También se ocupó de la filosofía de Dewey.

**7** Es ésta una expresión hoy común para referirse a las transformaciones producidas en Estados Unidos como resultado de los drásticos y veloces cambios demográficos de su creciente población hispana.

**8** J. MAÑACH, *Frontiers in the Americas: a global perspective*, New York, 1975, p. 71.

**9** La base empírica de la tesis de Huntington ya ha sido criticada. Véase, por ejemplo, LEXINGTON, ‘A Question of Identity’ (4 de marzo de 2004), en <http://economist.com>. Aquí sólo me ocuparé de la parte de su argumentación que tiene que ver con los valores.

**10** Un examen exhaustivo de (1) y de (2) requeriría que los filósofos se adentraran en una investigación interdisciplinaria en colaboración, al menos, con la antropología y la sociología. En este artículo mi objetivo es meramente empezar a examinar la tesis Mañach-Dewey desde un punto de vista filosófico.

**11** Véase el capítulo 2 de J. GRACIA, *Hispanic/Latino Identity: A Philosophical Perspective*, Blackwell, Oxford, 2000.

**12** J. MEDINA, ‘Identity Trouble: Disidentification and the Problem of Difference’, en *Philosophy and Social Criticism*, Sage Publications, Londres, 2003; G. PAPPAS, ‘Jorge Gracia’s Philosophical Perspective on Hispanic Identity’, *Philosophy and Social Criticism*, 27, 2 (2001); I. YOUNG, ‘Structure, Difference, and the Hispanic/Latino Claims of Justice’, en *Hispanic/Latinos in the United States: Ethnicity, Race, and Rights*, ed. by J. Gracia and P. de Grief, Routledge, Nueva York y Londres, 2000.

**13** Véase el uso de esta clase de evidencias en A. R. GINI, T. J. SULLIVAN, *It Comes with Territory: An Inquiry Concerning Work and the Person*, Random House, Nueva York, 1989; Steve Greenhouse, ‘So Much Work, So Little Time’, *New York Times* (5 de septiembre de 1999); ‘Workaholics Anonymous’, *The Economist* (22 de octubre de 1994).

**14** Jorge Mañach vivió en Cuba, España, Estados Unidos y Francia. Sobre la experiencia de Dewey en el mundo hispano, véase J. NUBIOLA, ‘La recepción de Dewey en España e Hispanoamérica’, *Revista Española de Pedagogía* (2001).

**15** J. DEWEY, *Art as Experience* (LW, 10, 30). (Todas las citas de Dewey

**Rasgos o valores****Anglosajones**

Éxito  
 Cantidad, tiempo  
 Técnica, información  
 Acción, organización y control  
 Individualismo, mérito, privacidad  
 Rapidez, eficacia  
 Clasificaciones, ranking, reglas  
 Trabajo  
 Futuro, cambio, novedad  
 Planificación, prevención  
 Precisión, concisión

**Rasgos o valores****hispanos/latinos**

Tranquilidad  
 Calidad  
 Emociones  
 Degustación, paciencia, resignación  
 Relaciones, lealtad, comunidad  
 Ritmo lento  
 Continuidades, unidad  
 Juego, celebración  
 Presente, pasado, tradición  
 Espontaneidad, intuición  
 Colorido, metáforas, rituales

No es éste el lugar para una comparación detallada de los términos de la lista. Lo que sí debemos hacer es dar sentido a la afirmación de que puede haber una “tensión”, y después un “equilibrio”, entre ellos. Debemos ser capaces de evaluar esa afirmación incluso si tenemos serias dudas sobre la conexión de estos valores con esas dos culturas en particular. (En otras palabras, las afirmaciones (3) y (4) se pueden defender aunque (1) y (2) sean falsas.)

Tanto si pertenecen a una cultura, a una persona o a una relación concreta, los rasgos anteriores ciertamente parecen encontrarse en algún tipo de tensión. Por ejemplo, ¿quién negaría que organización y eficacia son a menudo el enemigo principal de la espontaneidad necesaria para disfrutar y degustar la experiencia presente? ¿Quién puede negar que la implicación emocional y el juego frecuentemente le impiden a uno realizar una planificación, una prevención y un trabajo adecuados? Y de hecho, sin ir más lejos, la tensión entre la importancia de las relaciones, por un lado, y los valores del individualismo y la privacidad, por otro, es el fundamento de muchos debates en la teoría política contemporánea.

Nótese que la “tensión” no es entre lo que es contrario u opuesto en su significado. Desde un punto de vista moral, la tensión no es entre el bien y el mal, sino entre bienes (valores) que “tirán de nosotros” en diferentes direcciones dentro de situaciones. El escenario perfecto sería aquél en el que todos estos valores se maximizaran, pero sabemos que normalmente unos son una amenaza para los otros cuando se pone excesivo énfasis en ellos. Por ejemplo, podemos jugar mientras trabajamos, pero jugar demasiado tiende a perjudicar el trabajo. El exceso de énfasis en la comunidad (relaciones) es una amenaza para el individualismo. Por otro lado, algunos de estos rasgos tienden a degenerar (como valores) si se desatienden otros o no se insiste suficientemente en ellos. Por ejemplo, el trabajo sin un poco de juego se convierte en una carga; el indi-

vidualismo sin comunidad produce yoes aislados y los problemas que se asocian a un individualismo excesivo. Esto nos proporciona una pista sobre cómo entender la relación entre esos valores según la tesis Mañach-Dewey, y en particular la prescripción sobre el “equilibrio” (véase (4) supra). Debemos pensar en nuestra lista de valores como algo que tiene lugar entre polos extremos. Dichos polos aparecen como excesos en los valores recogidos más arriba.

**Vicios anglosajones**

Exceso de organización  
 Estrés  
 Mecanización  
 Impersonalidad  
 Impaciencia  
 Inquietud, prisa, asfixia  
 Subestimación de la tradición  
 Exceso de prevención  
 Trabajo pesado, aburrimiento, rutina  
 Cuantificación  
 Estandarización  
 Instrumentalismo  
 Soledad  
 La posición social sólo está determinada por el esfuerzo individual y el dinero

**Vicios hispanos/latinos**

Desorganización  
 Frivolidad (falta de seriedad)  
 Ineficacia  
 Lazos comunes agobiantes  
 Relajación  
 Pereza  
 Sobreestimación de la tradición  
 Recreación en lo presente  
 Ociosidad, diletantismo  
 Improvisación  
 Indolencia  
 La realidad es mística  
 La posición social sólo está determinada por la historia y las relaciones personales

Hay un sentido en el que esta segunda lista tiene prioridad sobre la de los valores. Cuando los miembros de las dos culturas que estamos comparando buscan criticarse mutuamente, suelen apelar a uno o más de estos “vicios”. Los insultos, prejuicios, estereotipos, que las personas de cada uno de estos dos mundos dirigen a las del otro tienen su base en manifestaciones exageradas de los rasgos que esa otra cultura valora. Todas las culturas poseen sus propios posibles excesos, pero tras ellos hay valores. Esto es lo que rara vez se reconoce. Dewey observó cuánto más fácil es para una cultura el apreciar los vicios de la otra:

Las razas anglosajonas tienen el hábito de burlarse de las razas latinas por lo que ellas consideran su frivolidad y su falta de seriedad en la actitud moral que mantienen ante el mundo. Es bueno darle la vuelta a las cosas y observarnos a nosotros mismos. El juicio que las razas latinas hacen de las anglosajonas es que son duras, desconsideradas y sin esa delicada disposición de atender a las necesidades de los demás; que se marcan un objetivo y van tras él a paso de carga sin tener en cuenta los sentimientos de los otros. Si nosotros les llamamos a ellos ligeros y frívolos, ellos nos llaman a nosotros duros, toscos y brutales.<sup>18</sup>

remiten a la edición crítica publicada por Southern Illinois UP, con las siguientes abreviaturas: EW, The Early Works, 1982-1998; MW, The Middle Works, 1899-1924; LW, The Later Works, 1925-1953.)

<sup>16</sup> Véase J. DEWEY, ‘Qualitative Thought’ (LW, 5, 243).

<sup>17</sup> Para confeccionar esta lista me he basado en escritos de filósofos tanto latinoamericanos como norteamericanos, además de consultar la experiencia de muchos que han estado suficientemente expuestos a ambas culturas. Huntington menciona algunos de estos valores en *Who Are We?* Las comparaciones culturales de Dewey se pueden encontrar en ‘Pragmatic America’ (MW, 13, 306-310); ‘Mexico’s Educational Renaissance’ (LW, 2, 199-205); ‘From a Mexican Notebook’ (LW, 2: 206-210); e ‘Imperialism Is Easy’ (LW, 3, 158-162). Véase también P. ROMANELL, *The Making of the Mexican Mind*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1952. Entre los filósofos latinoamericanos que han escrito sobre esta cuestión, véanse J. E. RODÓ, *Ariel*, Las Ameritas, Nueva York, 1967, y J. MAÑACH, *Frontiers*.

<sup>18</sup> J. DEWEY, ‘Educational Lectures before Brigham Young Academy’ (LW, 17, 343).

En la última sección utilizaré este marco de valores/vicios para evaluar las recientes admoniciones de Huntington en torno a los hispanos, pero ya podemos empezar a percibir algunas diferencias cruciales. Desde el punto de vista de Mañach y Dewey, lo que Huntington parece temer no son los valores que se enfatizan en la cultura hispana, sino los excesos en esos valores que podrían producirse con la creciente “hispanización” de Estados Unidos. Esto, junto con el hecho de que guarde un silencio casi absoluto sobre los posibles “vicios” de la cultura anglosajona, parece abocarlo a una dicotomía (o a una retórica) bien/mal en la que los valores anglosajones son buenos y los hispanos representan la antítesis o la amenaza de lo que es bueno. Esto está muy lejos del marco elaborado por Dewey y Mañach que acabamos de dibujar, en donde la posibilidad del mal (como excesos) se da a ambos lados de la línea divisoria cultural. Guardarse de los excesos de ambos lados es la tarea ideal. Tal es la tarea del equilibrio, una tarea que puede hacer que se unan los mundos hispano y anglosajón. Pero, ¿qué es el equilibrio? ¿Se puede lograr en tanto estas culturas preserven sus énfasis distintivos en determinados valores? ¿No será esto un sueño utópico más de filósofos sin contacto con la realidad histórica?

EL EQUILIBRIO COMO IDEAL. Mañach sostenía que las dos culturas en cuestión “no tienen motivos para excluirse la una a la otra, sino que, al contrario, están llamadas a complementarse y enriquecerse mutuamente” en una relación de “equilibrio”.<sup>19</sup> “Para América y para el resto del mundo —sobre todo para el mundo de los valores occidentales—, es de la mayor importancia que estas dos grandes áreas de la cultura no sólo se comprendan mutuamente, sino que establezcan una auténtica asociación. Es importante que cada una de ellas conserve sus valores particulares y que emule los valores universales de la otra”.<sup>20</sup>

Si hay algo en la tesis Mañach-Dewey que parezca reclamar los servicios de un filósofo, es la afirmación (4), dado que se trata de una propuesta normativa. Ahora bien, en la tradición filosófica hay diferentes concepciones del “equilibrio”. ¿Cuál de ellas se pone en juego en el enfrentamiento entre cultura hispana y anglosajona, siendo a la vez algo a lo que merezca la pena aspirar? Hay una noción cuantitativa de equilibrio como mantenimiento de una cierta proporción mensurable entre cosas. Normalmente la proporción es de igualdad, esto es, idéntica magnitud, cantidad, grado o valor. Hay al menos dos versiones de esta noción cuantitativa de equilibrio, pero ninguna de ellas puede ser la clase ideal de relación prescrita por la tesis Mañach-Dewey.

Primero, está el equilibrio como compensación. Esta noción de equilibrio, de acuerdo con la cual hay una ley en la naturaleza por la que los acontecimientos tienden al final a compensarse unos con otros, aparece presupuesta en las doctrinas religiosas antiguas. Si en esta vida nos hemos ocupado demasiado del placer, en la próxima vida nos espera mucho dolor. Nótese que el equilibrio, en este sentido, no implica que los elementos que se contrapesan deban interactuar o afectarse mutuamente de ninguna forma. En realidad, ni siquiera requiere que los elementos en cuestión coexistan. Uno puede alcanzar el equilibrio mediante una compensación que tiene lugar a través del tiempo: un exceso de x en el momento t puede equilibrarse con un

defecto de x (y quizá un exceso de y) en algún otro momento. Es como si, por ejemplo, uno dijera: “voy a pasarme tres días jugando excesivamente para compensar los tres últimos días de trabajo pesado”. ¿Es esto lo que Mañach y Dewey tenían en mente? Entonces, una vida equilibrada podría consistir en una continua alternancia (es decir, compensación) entre los excesos de la cultura latina y los de la anglosajona, cosa a la que no parece que merezca la pena aspirar.

También existe la noción cuantitativa de equilibrio como moderación (o como media entre dos extremos). Según esta interpretación, el equilibrio es simplemente un punto medio equidistante de los extremos de cada cultura, esto es, de los vicios que he enumerado antes. Excesos y defectos son algo que puede medirse y que puede corregirse con una simple adición o sustracción en la medida correspondiente. Así, por ejemplo, en principio existe una media mensurable entre los polos opuestos de ser demasiado organizado y totalmente desorganizado. Mantener la moderación consistiría en evitar situarse fuera de esa media. Pero los problemas de este planteamiento deberían ser obvios: ¿cómo se determina la igual cantidad o distancia respecto de los extremos?, ¿cae ese punto medio en el lado anglosajón o en el hispano? Y, aun cuando lográramos encontrar un punto medio exactamente equidistante, ¿sería digno de aspiración?

Tal concepción del ideal tiene consecuencias indeseables. En aras de la moderación, se desanima a las culturas a alcanzar la excelencia en la dimensión de un valor concreto en particular. ¿Es deseable que la pluralidad de culturas diferenciadas del norte y del sur de América se mueva hacia el mismo punto medio, de forma que todo el hemisferio se transforme en una sola cultura equilibrada, pero homogénea en sus valores? ¿Quiere esto decir, por ejemplo, que en pro de la moderación ya no se debe animar a los anglosajones a destacar en aquello para lo que son especialmente aptos, como la planificación y la organización de acontecimientos? Si el equilibrio es eso, muchos preferirían vivir en un mundo donde el exceso fuera la norma. El otro problema de esta interpretación es que pasa sin más por alto un aspecto importante de la visión de Mañach y Dewey: la idea de que la tensión entre los valores de ambas culturas es algo que debemos saldar, no superar.

¿Hay en las filosofías de Mañach o de Dewey un concepto de equilibrio diferente a los examinados hasta aquí? La hay en Dewey, aun cuando no siempre fuera explícito al respecto.<sup>21</sup> Brevemente, sus principios fundamentales serían los siguientes:

El equilibrio es una relación entre fuerzas opuestas o en tensión.

El equilibrio es un proceso interactivo por el que esas fuerzas se transforman en una relación tensa pero, al mismo tiempo, reforzadora.

El equilibrio es una relación entre elementos de un todo orgánico que evita el exceso y el defecto.

El concepto de equilibrio como oposición entre elementos contrarios puede rastrearse hasta la América prehispánica. Según Alfredo López Austin, era esencial en la visión del mundo de los anahuacos, habitantes de la meseta central de México.<sup>22</sup> La noción de equilibrio de Dewey tiene su origen en el interés por los modelos biológicos y artísticos.

<sup>19</sup> J. MAÑACH, *Frontiers*, p. 70.

<sup>20</sup> J. MAÑACH, *Frontiers*, p. 78.

<sup>21</sup> En Dewey cabe encontrar no sólo una descripción del equilibrio acorde con Mañach, sino también una justificación filosófica de por qué el equilibrio es esencial para una actividad ideal en todas las dimensiones de la vida humana. Dewey sostenía la hipótesis de que el equilibrio es la relación que puede hacer de la experiencia algo formativo, enriquecedor y estético. A su vez, el exceso y el defecto son lo que caracteriza nuestros momentos más insatisfactorios y menos formativos.

<sup>22</sup> A. LÓPEZ AUSTIN, L. LEONARDO LÓPEZ, *Mexico's Indigenous Past*, University of Oklahoma Press, Oklahoma, 2001.

El equilibrio en la vida de un organismo es algo temporal y dinámico. Se logra mediante una oposición de fuerzas que no se establece de una vez para siempre. Más bien se parece a montar en bicicleta: el individuo está continuamente corrigiendo las tendencias a inclinarse en exceso en una u otra dirección. El restablecimiento del equilibrio no es una vuelta a un estado previo de equilibrio. En realidad, ningún equilibrio concreto es nunca, estrictamente hablando, el mismo equilibrio. En el paso del desequilibrio al equilibrio hay una transformación de los factores en oposición. Más aún, en ese paso los factores no se disuelven en una nueva unidad indiferenciada en donde ya no habría tensión. En lugar de esto, lo que hay es una “unidad orgánica”. “La unidad orgánica debe interpretarse en términos de la interacción, del refuerzo real mutuo entre las partes, y no en los de una única cosa que de alguna manera incluyera a todas las demás”.<sup>23</sup>

Esta manera de entender el equilibrio como una unidad en la que la tensión se conserva está presente en el arte. En el arte, “el equilibrio se produce no de una forma mecánica e inerte, sino a partir, y por efecto, de la tensión”.<sup>24</sup> En el equilibrio de un todo orgánico, las partes son interdependientes en el sentido de que lo que le ocurre a una afecta a las demás. Cuando se da un exceso en una de las partes (demasiado), se da también un defecto en alguna otra (no lo bastante). Dewey explica esto a propósito de las obras de arte: “Una fuerza no es en sí misma potente o débil, grandiosa o modesta... Decir que una parte de una pintura, de una obra de teatro o de una novela es demasiado endeble, significa que alguna otra parte relacionada con ella posee demasiada fuerza —y viceversa”.<sup>25</sup> Esto es importante desde el punto de vista de quien busca pistas en la experiencia para saber cuándo un equilibrio puede verse amenazado, o cómo conservarlo. El artista sólo es consciente de haber introducido demasiada variedad cuando no experimenta suficiente orden; a su vez, la falta de una estabilidad o un orden suficientes podría ser indicio de que está siendo demasiado flexible. Lo que a veces se describe como el excesivo individualismo de nuestra sociedad norteamericana se experimenta de hecho como la ausencia de suficientes lazos comunitarios.

Hay muchas relaciones posibles entre los elementos que componen un todo orgánico. Una razón para preferir una relación parcial, desequilibrada, es que a menudo eso se toma como signo de fuerza. Hay obras de arte que consiguen hacerse notar debido al “esfuerzo por conseguir brío a base de exagerar algún elemento aislado”; pero la opinión de Dewey es que “tales obras no perduran... en ellas no se despliega fuerza real alguna, pues las energías en conflicto son sólo figuras de cartón-piedra. La fuerza aparente de un elemento lo es a expensas de la debilidad de otros”.<sup>26</sup> Lo malo de los excesos es que normalmente vienen acompañados de defectos, o conducen a ellos. Los pintores y los escritores se enfrentan continuamente al problema de “rebajar” ciertas partes de forma que otras puedan “resaltar”. Esto no quiere decir, empero, que todas las partes deban permanecer iguales, como exige el concepto cuantitativo de equilibrio. En la concepción orgánica de Dewey, el predominio relativo de un elemento sobre otro es compatible con el equilibrio. Pero la fuerza o la excelencia de ese elemento deben tener muy presentes las otras partes que componen el todo, dejándose afectar y reforzar por ellas (incluso cuando

las relega a un segundo plano y establece una tensión con ellas).

Un “exceso” o un “defecto” no son sino el resultado de que un elemento aisle, recluya, oprima y suprima a otro, en términos relativos, dentro de un todo orgánico. Por tanto, si el equilibrio es el punto medio entre los extremos, entonces no se trata de un punto fijo intermedio y equidistante tal que nos situamos en él o perdemos el equilibrio. Hay una infinidad de maneras de permanecer en el medio sin caer en un extremo. El equilibrio de un ciclista le permite, en momentos diferentes, inclinarse hacia un lado más que hacia otro sin caerse (es decir, sin desequilibrarse). En el arte, esto se hace a propósito. El artista puede poner un “toque de desorden” para añadir énfasis, sin perder por ello el equilibrio. Aprovecha el “margen” del que dispone entre los extremos.

En resumen, éste es el concepto de equilibrio que está implícito en la tesis Mañach-Dewey, un concepto que describe adecuadamente la clase de relación que más arriba hemos explicado entre nuestras dos columnas de valores. Los valores están en tensión, pero son interdependientes. Ahora, ¿cómo podemos usar hoy ese concepto para responder a Huntington y su preocupación ante los valores amenazados por el “desafío hispano”? ¿A qué retos escépticos se enfrenta esta tesis normativa en nuestros días?

EL EQUILIBRIO Y “EL DESAFÍO HISPANO”. El análisis del equilibrio que acabamos de realizar concibe ese “choque” de valores que preocupa a Huntington de un modo muy dinámico, abierto e interactivo. Es cierto que los valores hispanos y los anglosajones “tiran” en direcciones opuestas, pero su efecto mutuo y su tensión pueden ser positivos como parte del “conflicto de energías” necesario para el equilibrio. Huntington percibe la cultura hispana como una amenaza, pero quizá confunde los valores de esa cultura con sus posibles excesos, o sencillamente no se da cuenta de la importancia que pueden tener aquéllos para impedir que los valores anglosajones se encaminen hacia la exageración y el estancamiento. De acuerdo con el marco Mañach-Dewey, la mejor garantía de que esos rasgos que Huntington considera como valores sigan siendo valiosos, es que conserven su equilibrio. Esto exige que mantengan una relación de tensión con otros valores, que resultan ser los que la cultura hispana enfatiza. Por consiguiente, hay al menos una razón prima facie para considerar la “hispanización” de Estados Unidos como un posible bien.

En cambio, el deseo de Huntington es que los hispanos (y su cultura) se asimilen al “crisol” anglosajón, pero así se perderían las diferencias y la tensión que podrían beneficiar a ambos. Tal vez una analogía con el matrimonio resulte aquí de ayuda. Mi esposa y yo valoramos el trabajo y el juego, pero ella “tiende” más hacia el trabajo y yo más hacia el juego. Esto constituye una fuente de tensión, y a veces resolver nuestros conflictos no es fácil, pero la tensión nos da también la oportunidad de mantenernos mutuamente en equilibrio dentro de un matrimonio que tiene la suficiente variación (ritmo) como para que siga siendo interesante.

Lo malo de Huntington es que, para él, la tensión es algo que conduce a la ruptura. Da por supuesto que la única alternativa a la asimilación es una sociedad dividida (o culturalmente esquizofrénica) en la que los Estados Unidos pierden sus valores culturales distinti-

<sup>23</sup> J. DEWEY, *Lectures on Ethics*, ed. by D. F. Koch, Southern Illinois University Press, Carbondale, Illinois, 1991, p. 342.

<sup>24</sup> J. DEWEY, *Art as Experience* (LW, 10, 20).

<sup>25</sup> J. DEWEY, *Art as Experience*, p. 185.

<sup>26</sup> J. DEWEY, *Art as Experience*, p. 185.

vos. Lo que Mañach y Dewey ofrecen es una alternativa a esta disyuntiva simplista. Ni la homogeneidad ni esa clase de heterogeneidad en la que no existe interacción entre las culturas (y sus valores) proporcionan las condiciones ideales para el florecimiento cultural. De hecho, éstas son precisamente las condiciones en las que las culturas, las personas y las relaciones se hacen normalmente más propensas a incurrir en excesos con lo que valoran.

Huntington se opone a las políticas multiculturales, tanto interiores como exteriores, porque conducen a una forma indeseable de fragmentación. Sin embargo, se instala en la misma disyuntiva simplista que sus oponentes: o bien hay un todo homogéneo (un "crisol"), o lo único que queda es una pluralidad de partes radicalmente separadas. Lo que la tesis Mañach-Dewey propone es la posibilidad de una unidad en la diversidad. Pensadores como Simón Bolívar, José Martí y Alain Locke afirmaron su esperanza en esa misma clase de unidad, si bien aplicada a un contexto más de tipo político.<sup>27</sup> Es la posibilidad de una unidad que afronta la tensión creada por nuestras diferencias y se apoya en ella.

Mientras el multiculturalismo sea un movimiento en la dirección opuesta a las formas monistas y jerárquicas de concebir el status de las diferencias culturales dentro de nuestra sociedad, apunta al camino correcto. El problema es que, en sus formas extremas, asume un ideal pluralista que también es separador. Para estos puntos de vista, la forma de preservar una sociedad multicultural es protegiendo, blindando, separando a todas las culturas. Esto a veces es necesario y resulta justificado, pero Dewey no lo vería como un ideal, es decir, como lo mejor que podemos esperar. Lo mejor que podemos esperar es una sociedad que mantenga la relación de equilibrio que he descrito, en la que el intercambio cultural vaya mucho más allá de la mera tolerancia cultural.

Para ser justos con Huntington, hay que decir que él no está en contra del pluralismo. De hecho, se opone a la idea imperialista de que los valores anglosajones deban extenderse a toda la tierra. Según él, los norteamericanos, en vez de intentar difundir sus valores por el mundo, deberían preocuparse por lo que ocurre en su propia casa. Es necesario "reafirmar el orgullo hacia nuestros valores fundamentales", porque se están viendo debilitados o diluidos por un multiculturalismo que ha optado por dar cabida a otras culturas. Huntington piensa que el asunto es especialmente preocupante en lo que respecta a la cultura hispana a causa de las actuales circunstancias demográficas, políticas y geográficas. Y lo que es aún más importante, porque se trata de una cultura fuerte con muy diferentes (casi opuestos) valores. Es difícil predecir lo que ocurriría como consecuencia de la hispanización de Estados Unidos. Podríamos desembocar en la fractura, la guerra y la decadencia moral aun cuando intentásemos lo que Mañach y Dewey proponen. Ellos, no obstante, replicarían que no estamos condenados a fracturarnos en dos etnias opuestas por el solo hecho de que los valores de las dos culturas sean antitéticos o estén en tensión. De hecho, bajo su punto de vista esto sería un motivo de optimismo.

Huntington podría responder que, aun cuando se estuviera de acuerdo con Mañach y Dewey en cuanto al ideal, hay demasiados obstáculos para que tal ideal se aplique a este concreto enfrentamiento entre cultu-

ras. En teoría, los valores en tensión se pueden reconciliar, pero el ideal requiere de cada parte la voluntad de abrirse a la otra y dejarse influir por ella. No cabe esperar eso de la cultura hispana. De hecho, Huntington arguye que, a diferencia de otras culturas que han formado parte de la historia de los Estados Unidos, los hispanos son muy correosos y se resisten a la asimilación. Lo malo es que la evidencia señala otra cosa. Se podría defender incluso que, si hay culturas en el mundo que hayan estado abiertas al cambio y a las interacciones con otras, son justamente las hispanas. Lo que caracteriza a la historia de la cultura hispana es un "mestizaje" dinámico que es casi lo opuesto de cualquier tendencia a permanecer pura u homogénea. Puede que los hispanos se resistan a la asimilación, pero no necesariamente porque tengan una mentalidad estrecha o sean etnocéntricos. La apertura no exige una predisposición a asimilarse, sólo la predisposición a dejarse influir.

Según Mañach y Dewey, y considerando lo que los Estados Unidos valoran, el ideal sería que el país viviera en tensión entre esas dos culturas, siempre y cuando el equilibrio se mantuviera mediante la interacción mutua. No hay duda de que, como resultado de este intercambio, se produciría una transformación. Esto no significa, como teme Huntington, que ambas culturas deban abandonar su respectivo énfasis en aquellos valores que las han hecho diferentes y únicas. Pues lo que es crucial en el concepto de equilibrio de Dewey es que la relación entre las "partes" esté ajustada con vistas a la función de soporte, no que aquéllas tengan igual peso. La clase de refuerzo necesaria para el equilibrio es la que se produce cuando un factor alcanza a desplegar toda su fuerza y su excelencia, no a costa de otros factores contrarios, sino tomándolos en cuenta de alguna forma (o dejándose influir por ellos).

No está claro por qué Huntington quiere que los Estados Unidos sigan siendo un lugar en el que predominen la cultura y los valores "anglo-protestantes". Pero, aunque estuviéramos de acuerdo, es discutible que ese predominio haya de lograrse, o sea más fácil de obtener, protegiendo la cultura anglosajona o reclamando la asimilación de los hispanos. Los valores que le interesan a Huntington pueden predominar en Estados Unidos incluso si éstos se ven influidos por, e influyen en, la cultura hispana con la que coexisten. De hecho, hay una infinidad de maneras de alcanzar o mantener el equilibrio entre los valores latinos y los anglosajones, es decir, un número indefinido de posibilidades que siguen estando dentro del equilibrio. La Norteamérica ideal puede comprender una variedad de culturas, cada una de ellas con una proporción diferente de los valores ya reseñados (por ejemplo, algunas más "inclinadas" a jugar, y menos a trabajar, que otras). No hay razón para pensar, como hace Huntington, que la colisión entre esas dos culturas vaya a dar como resultado que los Estados Unidos pierdan su preferencia característica por determinados valores. Lo que puede darle a Norteamérica auténtica unidad y fortaleza es abrazar su unidad en tensión. Ésa es la mejor manera de reafirmar y salvaguardar los valores que Huntington considera en peligro. La cultura anglosajona puede necesitar a la hispana para defenderse de sus propios excesos.

Vuelvo a mi analogía. En la tensión que experimento con mi esposa (por nuestras diferencias de carácter), el hecho de que nos podamos mantener en equilibrio el

<sup>27</sup> Para una reconstrucción de la idea de esos autores, en el contexto del problema de la identidad, véase J. MEDINA, 'Pragmatism and Ethnicity: Critique, Reconstruction, and the New Hispanic', *Metaphilosophy*, Blackwell Publishing, Oxford, 2004, pp. 115-144.

uno al otro no significa que ambos tengamos un equilibrio idéntico. Ninguno de los dos ha sacrificado su individualidad en la unidad que hemos establecido. Dentro de nuestra relación, ella sigue siendo la persona en la que predomina el “trabajo”; ésa es la excelencia de su carácter, aun cuando de manera indirecta yo contribuya a ella. Los matrimonios en los que no hay diferencias (con respecto a nuestra lista de valores) y aquéllos en los que las hay, pero sin que exista transformación mutua, son los más vulnerables al exceso (vicio).

Huntington podría aducir que mi analogía matrimonial va mal encaminada y delata lo que de equivocado e ingenuo hay en el punto de vista que estoy defendiendo. La unidad de un matrimonio entraña un compromiso y una lealtad especial, y esto es precisamente lo que corre peligro de desaparecer en Estados Unidos a causa de las diferencias entre las dos culturas que están entrando en contacto. Yo le recordaría en primer lugar a Huntington lo importante que es la lealtad en el mundo hispano, pero, yendo más al asunto, le recordaría el modo concreto en que la analogía parece relevante. El sentimiento de identidad y de compromiso mutuo dentro de un matrimonio no tiene por qué basarse en la homogeneidad o en la asimilación. Se puede basar en las diferencias y en la relación de equilibrio tenso que ellas crean. Mañach y Dewey usarían un argumento aún más fuerte: un matrimonio en el que un cónyuge es “asimilado” al otro elimina la tensión, pero también disminuye las oportunidades de crecimiento y de prevenir extremismos (vicios). La estabilidad de este tipo de matrimonios puede parecer atractiva, pero aboca a esa clase de armonía homogénea y monótona en la que no hay ni variación ni ritmo. El tipo ideal de matrimonio no es fácil, por eso es un ideal. Ambos cónyuges deben reconocer los valores que predominan en el otro como tales valores, y tener la sensación de que se necesitan mutuamente. En esto consiste la posibilidad de reafirmar los valores propios al tiempo que también se reconocen los valores del otro.

En resumen, la perspectiva de Mañach y Dewey no suministra una respuesta simple al “desafío hispano”, pero apunta hacia una alternativa a la asimilación de valores (homogeneidad) y a la clase de escenario divisor-separador que preocupa a Huntington. Sin embargo, aún debemos hacer frente a algunos retos escépticos. Todavía puede objetarse que, pese a todo, tenemos que ser más realistas. ¿La dirección alternativa que Mañach y Dewey barruntaron constituye una posibilidad real? ¿Puede el contacto entre dos culturas en tensión dar como resultado el que no se entorpezca el desarrollo de los valores que cada una venera, al mismo tiempo que ambas se enriquecen? Se podría conceder que, en principio (o teóricamente), puede haber casos en que los valores que antes enumerábamos estén en tensión, pero sean reconciliables. Con todo, tales situaciones son poco frecuentes y, en cualquier caso, efímeras. Son tan efímeras, y tienen un coste tan alto, que a todos los efectos prácticos el esfuerzo de mantener una integración equilibrada (y evitar la parcialidad) resulta a la larga imposible y contraproducente. Porque, para alguien que ve lo deseable de un extremo, el intento de introducir equilibrio tiende a conducir más y más en la dirección opuesta y no deseada. Por ejemplo, aquéllos que defienden la espontaneidad y el lado emocional de la cultura hispana podrían decir que cualquier intento de añadir orden u organización anglosajona conduce, en último término, al anquilosamiento, y representa,

por tanto, una amenaza para los valores hispanos. Quizá Huntington esté pensando que el valor del individualismo podría peligrar una vez que admitamos ese énfasis en las relaciones (y en el colectivismo) que vendrá con la hispanización de Norteamérica. Podría argüir que mejor sufrir los males de nuestro excesivo individualismo que correr el riesgo de perderlo o de deslizarnos hacia el colectivismo. Obsérvese que en este tipo de argumento la idea de un equilibrio se desacredita con el miedo a “las pendientes resbaladizas”. Dicho de otro modo, los intentos de equilibrar tendencias opuestas conducen al final al vicio o al fracaso. Por lo tanto, ya que no se puede tener lo mejor de ambas tendencias, podemos igualmente adoptar sólo una. En esta discusión, ambos lados proclamarán que cualesquiera compromisos o “medias tintas” son engañosos o sospechosos. No obstante, estos argumentos de “las pendientes resbaladizas” sólo muestran el riesgo y las dificultades inherentes a cualquier intento de mantener un equilibrio factible, pero no prueban que la posibilidad divisada por Dewey y Mañach sea irrealizable.

Un argumento más fuerte contra el ideal Mañach-Dewey podría basarse en el hecho de que éste ignora las realidades políticas e históricas. La visión optimista de un futuro común para las Américas, alcanzado a través de la comunicación intercultural y la comprensión mutua entre el mundo anglosajón y el hispano, no es nueva. Como ya mencioné antes, ésa era también la visión de José Martí y de Simón Bolívar. Pero muchos filósofos la han rechazado por puramente utópica, a no ser que abordemos primero las actuales condiciones políticas y económicas que siguen jugando en su contra. ¿Cómo podemos siquiera soñar con el equilibrio y con un aprendizaje mutuo, si ni las personas ni las naciones que forman parte de ese “enfrentamiento” son iguales en un sentido moral o políticamente relevante? Las desiguales relaciones de poder, las luchas de clases y las injusticias han minado la relación ideal entre esos dos mundos.

No me interesa poner a prueba aquí la verdad de esta clase de críticas; desde luego, es del todo preciso tomarlas en serio. Sin embargo, debo decir un par de cosas en favor de la visión Mañach-Dewey. Primero, ellos no niegan que la investigación de las condiciones reales tenga que ser parte integral de cualquier examen y aplicación responsable de un ideal. Sea como fuere, la relación ideal que he presentado puede dejar sitio para consideraciones de tipo político. Recuérdese que los enemigos del equilibrio eran el “exceso” o el “defecto”, a los que definíamos como problemas resultantes de que un factor aisle, recluya, oprima y suprima a otro, en términos relativos, dentro de un todo orgánico. No hay razón por la que “factor” tenga que aplicarse aquí sólo a los valores, y no a la relación entre las personas que los representan. De hecho, una condición de la “sana” tensión que mantengo con mi esposa es que entre nosotros también hay una relación de poder equitativa o equilibrada. Pero, aun cuando ésta sea una condición necesaria, no resulta suficiente. Esto me lleva a la segunda observación que quiero hacer en defensa de la tesis Mañach-Dewey.

No se puede rechazar la tesis Mañach-Dewey diciendo que hay que esperar primero a que las condiciones socio-políticas sean más propicias. Podemos esperar si queremos, pero en esa tensión creciente entre los dos mundos hay implicadas más cosas que las que pueden reducirse al logro de tales condiciones. Mañach y

Dewey están señalando una clase diferente de obstáculo o de reto que parece digno de ser tomado en cuenta, haya o no otro tipo de barreras que nos impidan alcanzar la forma ideal de relación. En otras palabras, aun si todos los problemas políticos y de justicia que plantea esa relación se resolvieran mañana mismo, todavía tendríamos entre manos un serio desafío en lo referente a los valores. En una cosa Dewey y Mañach estarían de acuerdo con Huntington: la cultura importa. Hay diferencias culturales profundas que no podemos dejar a un lado ni reducir a ningún otro reto. La insistencia de Huntington en las diferencias (valores) culturales es una alternativa bien de agradecer respecto de la tendencia común a reducir, de manera excesivamente simplista, los antagonismos nacionales e internacionales a conflictos políticos motivados por el mero interés.

Huntington nos avisa de que la hispanización de Estados Unidos podría ser “el final de la Norteamérica que conocemos desde hace más de tres siglos. Los norteamericanos no deberían permitir que ese cambio ocurra a menos que estén convencidos de que la nueva nación será mejor”.<sup>28</sup> Si Mañach y Dewey vivieran hoy, creo que responderían que ese cambio sí promete una Norteamérica mejor. Huntington podría argüir que la contribución hispana a una Norteamérica más equilibrada no hace ninguna falta, que las cosas están bien como están. Pero, en ese caso, está ciego ante los excesos de su propia cultura. Lamento decir que la Norteamérica desequilibrada que Dewey criticó todavía existe. Organización, eficacia y “salir adelante” a cualquier precio siguen siendo valores predominantes, y mucha gente sigue estando sola. La reciente ola de comunitarismo y las llamadas a la responsabilidad cívica que se están produciendo en la sociedad estadounidense pueden interpretarse como una reacción al individualismo rampante que la ha invadido. Los norteamericanos pasan más tiempo en el trabajo que hace veinte años. De hecho, los Estados Unidos son la única sociedad industrializada y tecnológicamente avanzada de la que puede decirse que, cuanto más progresa tecnológicamente y financieramente, más trabaja la gente. Para acabar de empeorar las cosas, es un país en el que abundan las personas que, estando obsesionadas con el valor del trabajo, sin embargo tienen empleos sin sentido. La cuantificación sigue siendo todavía el estándar en muchos aspectos de la vida norteamericana. Para muchos ciudadanos, mejor comunicación sólo quiere decir una comunicación más rápida y con más gente. Los Estados Unidos siguen siendo un lugar frenético en el que uno debe protegerse de los camareros que en los restaurantes amenazan a cada momento con quitarte el plato si no estás comiendo. No parece haber tiempo para descansar o para saborear los momentos de consumación de la vida. El ensayo de William James ‘El evangelio de la relajación’ es tan actual hoy como hace noventa y ocho años.<sup>29</sup>

Permítaseme aclarar lo que intento sugerir. No estoy proclamando que la gradual “hispanización” de Norteamérica sea la solución a los excesos de la vida estadounidense. Es más, no hay garantía alguna de que eso vaya a contribuir a una Norteamérica más equilibrada. El resultado podría ser una situación peor, dado que las culturas que están entrando en contacto (es decir, lo que tiene que ser equilibrado) parecen punto menos que opuestas. Dewey era perfectamente cons-

ciente de ello, y por eso caracterizó ese contacto como “potencialmente explosivo”.<sup>30</sup>

También debería preocuparnos la humana tendencia a intentar corregir un exceso con el exceso opuesto. A los Estados Unidos no les va a ir mejor si se limitan a sustituir sus actuales excesos por los que caracterizan a la cultura hispana. Dewey estaría de acuerdo en que lo que se necesita es una transformación inteligente y por partes que surja desde dentro. Este “desde dentro” es importante. Huntington comete el error de suponer que la “hispanización de Norteamérica” está proviniendo de fuera, esto es, del sur del Río Grande. La cultura hispana siempre ha sido parte de los Estados Unidos, pero hasta hoy había permanecido dormida o en los márgenes.

Ahora que empezamos un nuevo siglo, la nueva frontera y el nuevo desafío de los Estados Unidos serán lograr una integración complementaria y enriquecedora entre su lado anglosajón y el hispano. Pero, al presuponer que hay algo irreconciliable en estas dos culturas cuando se trata de valores, Huntington contribuye a dividir los Estados Unidos tanto como los hispanos a los que teme. Es la apertura al cambio y a la transformación lo que nos unirá, y no el miedo. La relación ideal no es la asimilación a algún valor fundamental previo y homogéneo, sino una modificación mutua y dinámica en la que aprendamos de nuestra tensión. Para Mañach y Dewey, si hay algún mal, está en los excesos que puede adoptar cada uno de esos conjuntos de valores. Defenderse de los excesos en ambos lados es la tarea ideal, una tarea que puede unirnos. No hay conjuros mágicos ni directrices previas que puedan ayudarnos a asegurar el equilibrio.

*Traducción de Juan Vicente Mayoral  
(revisada por Ángel Manuel Faerna)*

<sup>28</sup> S. P. HUNTINGTON, ‘The Hispanic Challenge’, p. 12.  
<sup>29</sup> W. JAMES, ‘The Gospel of Relaxation’ (1898), en sus *Talks to Teachers on Psychology*. Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1985.  
<sup>30</sup> J. DEWEY, “From a Mexican Notebook” (LW, 2, 209).